

**El propósito de arraigar en la feligresía una vida cristiana no mutilada, o sea, consecuente con la fe, para hacer presente y operante a Jesucristo en todos los ámbitos, ha sido una preocupación perenne de muchos laicos católicos. En Cuba es posible encontrar reflexiones y documentos analizando la cuestión en cada momento del acontecer nacional. En el ya histórico Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), realizado en 1986, un conjunto amplio de destacados seglares participaron en una profunda deliberación al respecto, que mereció dedicar, en el Documento Final del evento, un capítulo entero al tema del ser y quehacer de los laicos.**

**A continuación, *Espacio Laical* ofrece la transcripción de una parte de dicho capítulo.**

La faceta más destacada de la labor apostólica del laicado cubano es, aun en la actualidad, su labor intraeclesial, en la que ha aportado, con la mayor generosidad, a pesar de numerosas dificultades, la riqueza de sus carismas y posibilidades.

En la sociedad los laicos han hecho presente a la Iglesia, sobre todo con su fidelidad a ella y con su testimonio de vida. Particular relevancia ha tenido en este contexto el testimonio de los trabajadores católicos.

Muchos laicos, no obstante, viven su vida de fe como algo separado de su quehacer en el mundo, sin percatarse del profundo valor espiritual del trabajo, la vida de familia, las relaciones con amigos y vecinos, y tantas otras facetas de su vida que pueden enriquecerlo, tanto más cuanto con mayor intensidad vivan su dimensión de servicio a todos los hombres, sus hermanos.

La acción evangelizadora de estos laicos se circunscribe fundamentalmente a la comunidad cristiana. La Iglesia valora grandemente la participación de los laicos en este marco (Cf. AA, 10), pero dejaría de apreciarla si conllevase un aislamiento de la realidad del mundo, que es su medio específico.

Este aislamiento tiende a hacerse presente en dos direcciones: el laico no tiene conciencia de que él es la Iglesia presente y operante en el mundo, ni trae al seno de la comunidad cristiana sus vivencias en la sociedad.

La vida eclesial del seglar queda así como mutilada, limitada al culto y a tareas apostólicas relacionadas con la vida interna de la comunidad.

En esta situación inciden factores numerosos y complejos. Uno de los más significativos es, quizás, que en el orden socio-político muchos laicos no encuentran los suficientes elementos positivos que se hallan en nuestra realidad, llegando algunos al distanciamiento y hasta el rechazo. Aunque el derecho a mantener la propia opinión es incuestionable, las actitudes extremas en este sentido pueden conducir a considerar imposible una dimensión social en la actividad apostólica del laico en nuestro medio, tendiendo a crear en la comunidad cristiana un cierto clima de refugio donde se está a salvo de un ambiente percibido como ajeno.

Es típico de un clima extremo con el descrito, considerar, erróneamente, que el compromiso con la sociedad lleva implícito una pérdida de identidad, una alienación respecto a la interna autenticidad y una caída en el oportunismo. Se produce entonces un distanciamiento de la sociedad, mediante una lectura hipercrítica de su acontecer en la que se recurre a la ironía, en aras de mantener una mirada sobre los acontecimientos que es más de espectadores que de participantes. Esto preocupa a pastores y laicos comprometidos, como se expresó reiteradamente en las Asambleas Diocesanas de la REC.

Por otra parte, muchos laicos experimentan ciertamente presiones a causa de su fe, ejercidas en forma más o menos directa y más o menos consciente, por personas e instituciones que, de un modo u otro, ejercen autoridad.

En el orden pastoral, ha predominado un enfoque cultural. No se ha promovido suficientemente una espiritualidad laical, pudiendo constatarse una gran falta de formación e información en este sentido entre los laicos, y aun entre los sacerdotes. La vaguedad con que se persigue entre nosotros una espiritualidad propia del seglar, contrasta con la clara definición de la espiritualidad propia de sacerdotes y consagrados.

Todo esto se nos da en un medio necesitado de un anuncio evangélico eficaz, un medio en que nos interpelan y apremian los problemas y conflictos de nuestros hermanos.

El laicado católico comprometido con la Iglesia y con la sociedad participa en los esfuerzos que se hacen en nuestro país para superar dificultades como estas:

- un afán por el disfrute de los bienes materiales, que se expresa a veces en conductas hedonistas;
- la simulación, la suspicacia y la desconfianza en las relaciones humanas;
- la falta de sentido de responsabilidad laboral o escolar, que se expresa a veces en el fraude y en la falta de respeto a la propiedad colectiva;
- la subvaloración de la unión conyugal y la infidelidad; la falta de comunicación entre los miembros de la familia.

Además, como creyentes en Cristo, nos inquieta que la vida de grandes sectores de nuestro pueblo transcurra sin otro horizonte religioso que el de un sentimiento latente y temeroso de un Dios en gran parte desconocido.

### **Compromiso del laico en la sociedad y evangelización**

En su Carta Apostólica Octogesima Adveniens, Pablo VI nos dijo: “Hoy más que nunca, la Palabra de Dios no podrá ser proclamada ni escuchada, si no va acompañada del testimonio de la potencia del Espíritu Santo, operante en la acción de los cristianos al servicio de sus hermanos, en los puntos donde se juega su existencia y su porvenir” (N. 51).

Es un “llamamiento a la acción” (OA, 48), al compromiso del laico, especialmente en el campo de la acción social. Este llamamiento está hecho para los cristianos de todos los países, no sólo porque es un derecho natural, sino también porque es una exigencia del Evangelio: preocuparse por el bien común.

Cada día son más los laicos que descubren que el anuncio del Evangelio a nuestro pueblo es una exigencia ineludible de su condición de hombres y mujeres de fe, y que una forma eficaz de hacer llegar este anuncio es compartiendo a plenitud los “gozos y esperanzas, tristezas y angustias” de nuestros hermanos, con la certeza de que forjamos juntos un mismo destino.



El compromiso se expresa, entre otras cosas, en la superación de la ética individualista: “El deber de justicia y caridad se cumple cada vez más contribuyendo cada uno al bien común según la propia capacidad y la necesidad ajena” (GS, 30).

Esa es la clave del compromiso del cristiano en la sociedad: el desinterés. Su modelo es el mismo Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad (Jn. 18,37), para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido (Jn. 3, 17; Mt. 20,28; Mc. 10,45).



Es esta clave la que permite descubrir, reconocer y vivir en plenitud los valores evangélicos dondequiera que estos se encuentren, y hacerlos presentes allí donde falten. El compromiso evangélico nos lleva a los demás, tanto al servicio de cada hermano necesitado, como al de la colectividad. Tal es el sentido de las actitudes de solidaridad y servicio, de apertura y diálogo, que abren el camino para compartir los aspectos de nuestra realidad, para llegar así a un mutuo enriquecimiento.

Esta disponibilidad plena para el servicio de los hermanos no sólo es compatible con una clara identidad cristiana, sino que encuentra en ella su motivo y fundamento: una identidad asumida con los riesgos que comporta, sin miedos ni prejuicios, alimentada por la oración y en la reflexión evangélica.

El anuncio eficaz de la Buena Nueva de Jesucristo exige de nosotros mantener un espíritu profético ante los problemas fundamentales; demanda audacia para explorar nuevos caminos, y fidelidad al Evangelio como fuente de inspiración, para no contentarnos con lo que podamos realizar cómodamente, ni pretender mantenernos indefinidamente sin ser signos de contradicción en el mundo. Esta inspiración evangélica será nuestra más auténtica educación para la libertad y nos hará tomar conciencia de nuestra propia dignidad.

El anuncio del Evangelio parte de la propia conversión y en ella se sustenta: “No podemos callar lo que hemos visto y oído” (Hechos 4, 20). Es necesario, pues, interiorizar nuestra experiencia de Cristo, liberando nuestro cristianismo de ataduras ideológicas. Sólo así podremos asumir serenamente nuestra realidad y asomarnos a las ventanas abiertas en ella a la evangelización.

Al caminar con todo el pueblo que busca un mañana mejor, los cristianos, cumpliendo el deseo de Jesús, queremos ser «sal de la tierra» contribuyendo así a preparar el Reino de Dios, cuya plenitud sólo se alcanza en Cristo.

### **Opción política del laico**

El laico debe tener presente que su fe no es una ideología, y que los fenómenos político-sociales no son problemas de fe; que el Evangelio no da la solución para estos problemas ni el método para resolverlos, sino que presenta actitudes y destaca valores, llevándolos a un análisis de la realidad y a una opción libre por aquella solución o soluciones que, dentro de las posibles, sean más propicias a estos valores y conformes a estas actitudes, a la vez que más permeables al mensaje de la salvación.

No debemos pensar, sin embargo, que la fe pueda vivirse sin referencia a la realidad socio-política. Esta debe ser redimida por la acción del cristiano, como cualquier campo de la actividad humana. No puede hablarse de un cristiano despolitizado o una Iglesia ajena a la política, ya que toda acción dirigida a ayudar o a convertir al hombre, o a transformar la sociedad, tiene necesariamente una incidencia política y una raíz ética.

Para Medellín «...comprometerse es ratificar activamente la solidaridad en que todo hombre se halla inmerso, asumiendo tareas de promoción humana en la línea de un determinado proyecto social» (Movimiento de seglares, II).

No corresponde a la Iglesia, como tal, involucrarse en una política partidista: la realización concreta de las tareas políticas es una misión específicamente laical y son los propios laicos quienes deben encargarse de ésta, con autonomía, libertad y plena responsabilidad. El ejercicio de esa libertad lleva a los cristianos a diversas opciones sociales y políticas, no sólo generales, sino sobre todo en aquellas situaciones que se presentan más a diario y exigen del cristiano decisiones responsables.

«En... caso de soluciones divergentes,... muchos tienden fácilmente a vincular su solución con el mensaje evangélico. Entiendan todos que en tales casos a nadie le está permitido reivindicar en exclusiva a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia. Procuren siempre hacerse luz mutuamente guardando la mutua caridad y la solicitud primordial por el bien común» (GS, 43).

Ningún sistema, proceso o realidad social, por grandes y elevadas que sean sus metas o logros, será nunca de una perfección tal que pueda identificarse con el absoluto de justicia, paz y reconciliación que implica el Reino de Dios; y ninguno será nunca tan negativo que pueda plantearse que es impenetrable a la acción de la gracia, o que allí los discípulos de Cristo no tienen nada que hacer.